

EL PORTADOR DE LA LLAMA

BERNARD CORNWELL

EL PORTADOR DE LA LLAMA

Sajones, vikingos y normandos X

Traducción de Gregorio Cantera



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *The Flame Bearer*

Diseño de la cubierta: Salva Ardid Asociados

Diseño de la colección: Jordi Salvany

© del mapa John Gilkes, 2016

Primera edición: abril de 2019

© Bernard Cornwell, 2016

© de la traducción: Gregorio Cantera, 2018

© de la presente edición: Edhasa, 2019

Diputación 262, 2^o1^a

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-2181-4

Impreso en Black Print CPI

Depósito legal: B. 10971-2019

Impreso en España

El portador de la llama está dedicado a
Kevin Scott Callahan (1992–2015).
Wýrd bið ful ārcæd.

ÍNDICE

Mapa	11
Topónimos.....	13
Primera parte	
EL REY.....	15
Segunda parte	
EL ARDID	83
Tercera parte	
EL OBISPO CHIFLADO	227
Cuarta parte	
RETORNO A BEBBANBURG	369
Epílogo	463
Nota histórica	471



TOPÓNIMOS

La ortografía de los topónimos de la Inglaterra anglosajona era y es una asignatura pendiente, carente de coherencia, en la que no hay concordancia ni siquiera en cuanto a los nombres. Londres, por ejemplo, podía aparecer como Lundonia, Lundenberg, Lundenne, Lundene, Lundenwic, Lundenceaster y Lundres. Claro que habrá lectores que prefieran otras versiones de los topónimos enumerados en lo que sigue, pero, aun reconociendo que ni esa solución es incuestionable, he preferido recurrir, por lo general, a la ortografía utilizada en el *Oxford* o en el *Cambridge Dictionary of English Place-Names* (Diccionario Oxford, o Cambridge, de topónimos ingleses) para los años en torno al 900 de nuestra era. En 956, Hayling Island se escribía tanto Heilicingae como Hæglingaiggæ. Tampoco he sido coherente en este aspecto: me he decantado por el vocablo Northumbria en vez de Norðhymbralond para que nadie piense que los límites del antiguo reino coinciden con los del condado en la actualidad. Así que esta lista, como la ortografía de los nombres que aparecen en ella, es caprichosa.

Ætgrefin	Yeavinger Bell, Northumbria
Alba	Reino que ocupaba gran parte de la actual Escocia
Beamfleot	Benfleet, Essex
Bebbanburg	Castillo de Bamburgh, Northumbria
Beina	Río Bain
Cair Ligualid	Carlisle, Cumbria
Ceaster	Chester, Cheshire
Cirrenceastre	Cirencester, Gloucestershire

Cocuedes	Isla Coquet, Northumbria
Contwaraburg	Canterbury, Kent
Dumnoc	Dunwich, Suffolk (hoy casi sumergida bajo el mar)
Dunholm	Durham, condado de Durham
Eoferwic	York, Yorkshire (Jorvik, en danés)
Ethandum	Edington, Wiltshire
The Gewasc	The Wash (estuario)
Godmundcestre	Godmanchester, Cambridgeshire
Grimesbi	Grimsby, Humberside
Gyruum	Jarrow, Tyne & Wear
Hornecastre	Horncastle, Lincolnshire
Humbre	Río Humber
Huntandun	Huntingdon, Cambridgeshire
Ledecestre	Leicester, Leicestershire
Lindcolne	Lincoln, Lincolnshire
Lindisfarena	Lindisfarne (Isla Santa), Northumbria
Lundene	Londres
Mældunesburh	Malmesbury, Wiltshire
Steanford	Stamford, Lincolnshire
Strath Clota	Strathclyde, Escocia
Sumorsæte	Somerset
Tinan	Río Tyne
Use	Río Ouse (Northumbria); río Gran Ouse (Anglia Oriental)
Wavenhe	Río Waveney
Weallbyrig	Nombre ficticio de un fortín en el muro de Adriano
Wiire	Río Wear
Wiltunscir	Wiltshire
Wintanceaster	Winchester, Hampshire

PRIMERA PARTE

El rey

CAPÍTULO I

Todo empezó con tres barcos.

En aquel momento, eran cuatro.

Aquellos tres habían arribado a las costas de Northumbria cuando yo era niño; en cuestión de días, mi hermano mayor había perdido la vida; pocas semanas después, mi padre le había seguido los pasos camino de la tumba, mi tío me había despojado de mi señorío y yo me había convertido en un proscrito para, a la vuelta de los años, verme en la misma playa, atisbando cuatro barcos que se acercaban a las mismas costas.

Procedían del norte, y ya se sabe que nada bueno puede venir del norte. El norte sólo trae neviscas y heladas, hombres del norte y escoceses. Enemigos, pues, y bastantes tenía ya desde el momento en que había vuelto a Northumbria con el propósito de recuperar Bebbanburg. Había vuelto para acabar con mi primo, que usurpaba un puesto que sólo a mí me correspondía. Había vuelto para recuperar lo que por derecho era mío.

Bebbanburg quedaba más al sur. Desde donde estábamos y a lomos de nuestras monturas, las dunas eran tan altas que no alcanzaba a ver las murallas, pero sí cómo, confundido con las nubes grises y bajas que, veloces, se desplazaban hacia las ceñudas cumbres de Northumbria, soplaban un viento endiablado que arrastraba tierra aden-

tro, hacia el oeste, el humo que salía de los hogares de la fortaleza.

Un viento cortante que levantaba unas olas blancas que, al romper, se precipitaban contra la costa anegando los arenales que se extendían hasta Lindisfarena. A lo lejos y entre nubes de espuma, blancas caperuzas de más y más amenazantes olas. Hacía un frío helador. Quizá ya fuera verano en Britania, pero, en las costas de Northumbria, el invierno aún se dejaba sentir como un cuchillo bien afilado, de modo que me arrebujé en mi capa de piel de oso.

–Mal día para hacerse a la mar –me señaló Berg a voces. Era uno de los más jóvenes de mis hombres, un hombre del norte que disfrutaba de lo lindo con una espada en la mano. A lo largo del último año, se había dejado crecer sus de por sí ya largos cabellos que, semejantes a una hermosa cola de caballo, le asomaban por debajo del reborde del yelmo. En cierta ocasión, yo mismo había sido testigo de cómo un sajón había atrapado a un hombre por los pelos y, tras haberlo tumbado de espaldas, lo había derribado de la silla de montar antes de alancearlo cuando todavía se revolvía en la hierba.

–Haríais bien en cortaros esos pelos –le aconsejé.

–¡A la hora de pelear, siempre me los recojo! –repuso a gritos, antes de volver la vista hacia el mar–. ¡Van a naufragar! ¡Demasiado cerca de la costa!

Los cuatro barcos bordeaban la costa, pero se las veían y deseaban para mantenerse a flote. El viento buscaba la forma de atraerlos a tierra firme y hacerlos encallar en los arenales hasta vararlos para mejor hacerlos trizas, pero los remeros no deslomaban a los remos, en tanto que los timoneles hacían cuanto podían por mantener las proas

alejadas de los rompientes. Las olas se abalanzaban sobre ellos vomitando espuma blanca sobre las cubiertas. Con el viento de cara, demasiado fuerte como para desplegar lonas o aparejos, las pesadas velas permanecían arrumadas en cubierta.

—¿Quiénes son? —se interesó mi hijo, espoleando su montura hasta ponerse a mi altura. El viento le levantaba la capa, alborotando de paso las crines y la cola de su caballo.

—¡Y qué sé yo! —repliqué.

—¿No los habíais visto antes?

—No, nunca —dije. Era capaz de distinguir casi todas las naves que merodeaban por las costas de Northumbria, pero el caso es que nunca antes había visto aquellas cuatro embarcaciones. No se trataba de navíos mercantes, sino de cuatro naves de desafiantes y altivas proas con cubiertas a ras de agua, más propias de barcos de guerra. Y con cabezas de animales a modo de mascarones de proa, lo que daba a entender que eran paganos. No se trataba de naves pequeñas, precisamente. Cuarenta o cincuenta hombres a ojo de buen cubero a bordo de cada una; hombres que, en medio de aquel mar embravecido y a merced de un gélido viento, remaban con todas sus fuerzas con tal de salir bien parados. La marea ya subía, de modo que la corriente los empujaba hacia el norte por más que los cuatro barcos, de los que sólo sobresalían los dragones que coronaban sus proas, mientras las furibundas olas de aquel mar tan revuelto rompían sin cesar contra sus cascos, trataran de poner rumbo sur. Reparé en cómo el barco más cercano a la costa se encabritaba tras sufrir la embestida de una ola para, al cabo, casi desaparecer bajo las aguas glaciales que se

abatían contra su tajamar. ¿Acaso no sabían que había un canal poco profundo que discurría a espaldas de Lindisfarena que podía llevarlos a buen puerto? Pero ese canal, que saltaba a la vista en marea baja, en aquellas circunstancias y con aquel mar que, agitado por el viento, arrasaba con todo, permanecía oculto bajo nubes de espuma y olas enfurecidas, y los cuatro barcos, ajenos al abrigo que el canal pudiera ofrecerles, dejaron atrás la embocadura y se dispusieron a seguir enfrentándose a aquel mar bravío hasta dar con un fondeadero donde recalar con tranquilidad.

Se dirigían a Bebbanburg.

Espoleé mi caballo y, al frente de los sesenta hombres que venían conmigo, echamos a andar por la playa. Me escocía la cara por culpa de aquel viento cargado de arena.

No sabía quiénes eran, pero sí a dónde se dirigían. Iban a Bebbanburg y, de repente, me dio por pensar que eso venía a complicar, y mucho, las cosas.

* * *

Casi sin darnos cuenta, llegamos al canal de Bebbanburg. Las olas rompían con estrépito en la playa antes de desparramarse por la bocana del puerto, convirtiendo la angosta embocadura en un torbellino de espuma gris. No era ancha; de niño, muchas veces la había cruzado a nado, aunque nunca con una resaca tan fuerte. Uno de los primeros recuerdos que conservo de mi infancia era el de un chiquillo que, arrastrado por la corriente hasta más allá del canal, había perecido ahogado. Se llamaba Eglaf, debía de tener seis o siete años por entonces y era hijo único de un cura. La claridad con que recordamos rostros y nom-

bres de un pasado tan remoto nunca deja de llamarme la atención. Era un chaval menudo, delgado, de pelo oscuro y muy divertido; me caía bien. Mi hermano mayor lo había desafiado a cruzar el canal a nado, y todavía me acuerdo de cómo se reía mientras Eglaf desaparecía en aquella inmensidad de oscuras aguas erizadas de blancas caperuzas. Al ver que me había echado a llorar, mi hermano me propinó una colleja, al tiempo que, muy convencido, decía: «Era un flojo».

¡Con qué facilidad despreciamos la falta de bravura! Sólo las mujeres y los curas pueden dar muestras de debilidad. Los poetas también, si me apuran. El pobre Eglaf había perdido la vida por haber querido aparentar que era tan temerario como los demás para, a la postre, dar por sentado que no era sino tan necio como todos nosotros.

–Eglaf –se me escapó en voz alta, mientras, al paso, enfilábamos la arena que azotaba el viento.

–¿Qué decís? –me preguntó a voces mi hijo.

–Eglaf –repetí, sin ni siquiera tomarme la molestia de explicarle a quién me refería. Soy de los que creen que en tanto recordemos sus nombres, las personas siguen vivas. No sé cómo discurrirán sus vidas, si como espíritus que, al igual que las nubes, vagan sin rumbo fijo, o si viven en un mundo más allá de éste. Era más que posible que Eglaf no hubiera ido al Valhalla, porque no había muerto en la batalla; pero, claro, no hay que olvidar que también era cristiano, así que había debido de acabar en el cielo de los cristianos, lo que me llevaba a sentir mucha más pena por él. Los cristianos me aseguran que, en su cielo, no hacen más que proclamar las alabanzas de su dios crucificado por siempre jamás. ¡Por siempre jamás! ¡Toda la

eternidad! ¿Qué dios puede ser tan engreído como para exigir que le canten sus alabanzas por siempre jamás? Lo que, de paso, me llevó a acordarme de Barwulf, un *thegn*, un terrateniente, sajón del oeste por más señas, que había pagado a cuatro arpistas para que interpretasen los cantares que celebraban sus gestas en el campo de batalla, gestas de las que apenas si había noticia. Barwulf no era sino un cerdo bien cebado, ambicioso y egoísta; la clase de hombre que, sin duda, estaría encantado de oír cómo lo alababan de continuo por siempre jamás. Así que me imaginaba al dios de los cristianos como un *thegn* gordinflón y taciturno que, solitario, vagaba por el salón de las celebraciones, sin dejar de escuchar el runrún de sus lacayos, que no dejaban de proclamar sus grandezas.

–¡Están dando la vuelta! –me advirtió mi hijo, interrumpiendo el hilo de mis pensamientos. Volví la vista hacia la izquierda y reparé en cómo el primero de los barcos retrocedía hasta el canal. Aunque un timonel bisoño bien podría haberse dejado engañar por la fuerza de la corriente que los arrastraba hacia la costa, la entrada no presentaba dificultades. Aquel hombre, sin embargo, tenía la suficiente experiencia como para darse cuenta a tiempo del peligro y guiar el largo casco sin vacilaciones.

–Contad los hombres que van a bordo –le ordené a Berg.

Entre montones de arena recubiertos de oscuros sarrazos, conchas marinas y madera de deriva, refrenando los caballos, recorrimos la orilla norte del canal.

–¿Quiénes son? –se interesó Rorik, un muchacho, mi nuevo mozo.

–Probablemente hombres del norte –repuse–, como vos.

Había malherido a Rorik y acabado con su padre en el curso de una tumultuosa batalla en la que habíamos conseguido expulsar a los paganos de Mercia, y había sentido remordimientos por haberme enfrentado con un niño: sólo tenía nueve años cuando descargué mi machete, *Aguijón de avispa*, sobre él y, con tal de quitarme ese peso de encima, había acabado por adoptarlo, tal y como hiciera Ragnar conmigo muchos años antes. El brazo izquierdo de Rorik ya estaba curado, y, aunque nunca llegaría a tener en él tanta fuerza como en el derecho, sí tendría la suficiente para empuñar un escudo, y se lo veía contento. Me caía bien aquel chico.

–¡Hombres del norte! –repitió encantado.

–Eso creo yo –repuse. Algo había en aquellos barcos que, aun sin estar seguro del todo, me llevaba a pensar que, más que daneses, se trataba de hombres del norte. Quizá la mayor vistosidad de los gigantescos animales que lucían en los mascarones de proa, o aquellos mástiles cortos, situados más cerca de la popa que en la mayoría de los barcos daneses–. ¡No os adentréis demasiado! –le dije a voces a Berg, que había espoleado su montura hasta hundir las cerneas del animal en aquellos turbulentos bajíos.

Entre aquellas olas que, azotadas por el viento, parecían cubiertas de blanco, rauda discurría la corriente por el canal; pero yo no perdía de vista la otra orilla, a cincuenta o sesenta yardas de donde estábamos. Por aquel lado, había una pequeña lengua de arena que no tardaría en cubrir la subida de la marea; más allá, unas oscuras rocas que llegaban a los pies de una muralla. Una muralla de piedra que, como casi todo lo que se veía en Bebbanburg, se remontaba a los tiempos de mi padre. En el centro de la muralla, la Puerta que daba al Mar. Años atrás, aterro-

rizado tan sólo de pensar en que se me ocurriera ir a por él, mi tío había procedido a clausurar tanto la Puerta Alta como la Puerta Baja, que, juntas, constituían la entrada principal de la fortaleza, y había abierto aquella otra puerta hacia el mar, una puerta a la que sólo podía llegarse en barco o siguiendo un camino que discurría por la playa hasta los pies de la muralla que daba al mar. Cuando, con el paso del tiempo, empezó a perder aquel miedo cerval, y a la vista de que asegurar las provisiones que llegaban a la fortaleza sólo a través de aquella puerta era una tarea tan enojosa como lenta, había vuelto a abrir las otras dos que miraban al sur, pero la Puerta que daba al Mar aún seguía donde él la había abierto. Tras ella, un sendero empinado conducía hasta otra puerta situada más arriba, en la empalizada de madera que rodeaba la oblonga cima de la peña sobre la que se alzaba Bebbanburg.

Observé que el número de hombres que arribaban al adarve de la alta empalizada iba en aumento, y desde allí lanzaban saludos; no a nosotros, sino a los barcos que llegaban. Pensé incluso que había oído algunos gritos de ánimo procedentes de las altas murallas, pero quizá sólo fueran imaginaciones mías.

Lo que no me esperaba fue aquella lanza. Un hombre la lanzó desde lo alto de la empalizada y, recortada contra las oscuras nubes, observé su siniestro vuelo. Durante un instante, tras dar la impresión de que se había quedado suspendida en el aire, se abalanzó, de repente, como un halcón, y cayó a plomo antes de ir a estamparse con violencia en los bajíos a cuatro o cinco pasos del caballo de Berg.

–Haceos con ella –le dije a Rorik.

Entonces sí que, sin lugar a dudas, oí gritos de júbilo procedentes de las murallas. El lanzamiento quizá se hu-

biera quedado algo corto, pero, en cualquier caso, había sido de lo más certero. Cayeron otras dos lanzas, que fueron a perderse en el centro del canal. Rorik me presentó la primera de las lanzas.

–Mantenedla con la punta hacia abajo –le dije.

–¿Hacia abajo? –se extrañó.

–Lo más cerca posible de la arena.

Desmonté, me arremangué la pesada cota de malla, me desaté los cordones de los calzones y apunté.

–Mantenedla así –le ordené a Rorik y, entonces, tras cerciorarme de que los hombres que iban en la proa del primero de los barcos no perdían de vista lo que hacía, me puse a mear sobre la lanza. Mi hijo reía por lo bajo; Rorik se moría de risa–. Ahora dadme la lanza –ordené al muchacho. Me hice con el asta de fresno y dejé que pasara un rato. Veloz, el barco que iba en cabeza se adentraba ya en el canal; las olas rompían con fuerza contra su casco, en tanto que los remeros no cejaban en su empeño. Su altivo mascarón de proa, un dragón de fauces abiertas y ojos relucientes, se encabritaba por encima de aquellas aguas blancas. Eché el brazo hacia atrás y esperé. No iba a ser un tiro fácil, y menos todavía habida cuenta de la fuerza del viento y del peso de la capa de piel de oso que me empujaba el brazo hacia abajo, pero no tenía tiempo de despojarme de tan pesado atuendo–. ¡Que la maldición de Odín recaiga sobre vosotros! –grité a los del barco, y arrojé la lanza.

Veinte pasos.

Y la punta de aquella arma, la misma sobre la que acababa de mear, dio de lleno en el blanco que iba buscando: el ojo del dragón, y allí se quedó temblando el asta mientras, en alas de la corriente, veloz, el barco nos deja-

ba atrás, en busca de las aguas mucho más encalmadas de la ancha ensenada que, al abrigo de la tormenta, se abría a los pies de la gran peña sobre la que se alzaba la fortaleza, mi fortaleza, Bebbanburg.

* * *

Bebbanburg.

Había soñado con recuperarla desde el mismo día en que me fue arrebatada. Semejante despojo había sido una maniobra de mi tío y, en aquel momento, su hijo, que, por si fuera poco, tenía la osadía de llamarse Uthred, como yo, era quien ostentaba el señorío. Todo el mundo decía que, de no mediar traición o por falta de víveres, la fortaleza era inexpugnable. De recia construcción, erigida en lo alto de una gran peña que más parecía una isla, por tierra, sólo un angosto sendero permitía acceder a aquel enclave que, para colmo, era mío.

Tan sólo una vez había estado en un tris de apoderarme de ella. Mis hombres y yo habíamos conseguido franquear la Puerta Baja, pero los defensores habían conseguido cerrar la Alta en el momento oportuno, de modo que mi primo era quien seguía al mando de aquella gran fortaleza a orillas de un mar bravío. Allí ondeaba todavía su enseña de la cabeza de lobo, en tanto que sus hombres se mofaban de nosotros al ver cómo emprendíamos la retirada, igual que en aquel momento jaleaban al ver cómo, raudos, los cuatro barcos enfilaban el canal en busca del fondeadero seguro que les ofrecía aquella ensenada de aguas poco profundas.

—Ciento cincuenta hombres —me informó Berg, antes de añadir—; según mis cuentas.

–Algunas mujeres y niños también –apuntó mi hijo.

–Lo que quiere decir que han venido para quedarse –concluí–, quienquiera que sean.

Bordeamos la orilla norte de la ensenada por aquella parte de la playa que no era sino una pura humareda, gracias a las fogatas donde los aparceros de mi primo ahumaban arenques y obtenían sal a fuerza de hervir el agua del mar, aparceros que, muertos de miedo, no se movían de sus casuchas en la orilla de la ensenada que miraba tierra adentro. Tan asustados estaban de nosotros como de los barcos que acababan de llegar y que, en aquel momento, procedían a arrojar las anclas de piedra entre los pequeños botes de pesca que trataban de resguardarse de aquel viento endiablado en las tranquilas aguas de Bebbanburg. Acallado al instante, en alguno de aquellos cuchitriles con techumbre de tapines ladró un perro. Espoleé mi caballo por entre dos de aquellas casuchas y enfilé la pendiente que se alzaba a sus espaldas. Al vernos llegar, las cabras se espantaron, y la Cabrera, una niña de cinco o seis años, cubriéndose la cabeza con las manos, empezó a gimotear. Al llegar a lo alto del otero, me di media vuelta y ocasión tuve de contemplar cómo las tripulaciones de los cuatro barcos bajaban a tierra con pesados bultos a sus espaldas.

–Podríamos acabar con todos a medida que vayan llegando a tierra –dejó caer mi hijo.

–Ahora mismo, no –repuse, al tiempo que le señalaba la Puerta Baja, que cerraba el paso a la angosta lengua de tierra que llevaba a la fortaleza y por donde, en aquel momento, salían unos jinetes que, dejando atrás aquel portón en arco adornado con calaveras, al galope iban camino de la ensenada.

Sin dejar de reír entre dientes, Berg me señaló el barco que quedaba más cerca de donde estábamos.

–¡Todavía lleva la lanza clavada, mi señor!

–Pura chiripa –comentó mi hijo.

–No es cierto –replicó Berg, con voz de pocos amigos–. Odín guiaba el arma. –Era un joven devoto.

En lugar de acompañar a los guerreros que acababan de desembarcar hasta la fortaleza que, imponente, se erguía en lo alto de la peña, los jinetes los llevaron a las casuchas de aquel poblado. En cuanto llegaban a la orilla y junto con haces de lanzas, montones de escudos e innumerables hachas y espadas, las tripulaciones descargaban en la arena los bultos que llevaban. Las mujeres se hacían cargo de llevar a los pequeños a tierra firme. El viento nos traía voces y risas entrecortadas. Los recién llegados habían venido para quedarse y, por si no estaba claro que, desde aquel momento, tomaban posesión de aquellas tierras, hundiendo un mástil en los guijarros de la playa, un hombre enarboló un estandarte a la orilla del mar. Un estandarte gris que aquel gélido viento zarandeaba a su antojo.

–¿Llegáis a ver qué lleva pintado? –pregunté.

–Una cabeza de dragón –me dijo Berg.

–¿Conocéis a alguien en cuyo estandarte ondee la cabeza de un dragón? –se interesó mi hijo.

–Nadie que yo sepa –repuse, encogiéndome de hombros.

–Me gustaría ver un dragón –comentó Berg, con gesto soñador.

–Bien pudiera ser la última cosa que vierais en vuestra vida –apuntó mi hijo.

No sé si, de verdad, existen o no los dragones. La verdad es que nunca he visto ninguno. Mi padre me ha-

bía contado que habitaban en las altas colinas y que se comían el ganado y las ovejas, pero Beocca, quien, aparte de haber sido uno de los curas del séquito de mi padre, también había sido mi tutor cuando era niño, estaba convencido de que los dragones dormitan en las profundidades de la tierra.

–Son criaturas de Satán –me había explicado– y se ocultan en lo más hondo hasta que llegue el fin de los tiempos. Cuando, para anunciar el retorno de Cristo, retumben las trompas de los ejércitos celestiales, como demonios que son, ¡resurgirán de las profundidades y les plantarán cara! ¡Sus alas oscurecerán el sol, su aliento abrasará la tierra y su fuego se llevará por delante a los justos!

–¿Así que todos moriremos?

–¡No, no, no! ¡Nos enfrentaremos a ellos!

–¿Y cómo se puede hacer frente a un dragón? –le pregunté.

–Orando, muchacho, con nuestras oraciones.

–O sea que podemos darnos por muertos –repuse yo, lo que me valió una colleja.

Para entonces, cuatro barcos habían llevado la estirpe del dragón a Bebbanburg. Mi primo sabía que íbamos a por él. Bien resguardado tras los muros de aquella fortaleza inexpugnable y con el respaldo de los reyes de Northumbria, se había sentido a salvo durante años. Aquellos reyes me la tenían jurada desde hacía mucho tiempo. Si hubiera querido atacar Bebbanburg, antes habría tenido que abrirme paso por la fuerza a lo largo y ancho de Northumbria, y derrotar a las huestes de daneses y hombres del norte que, unidas, saldrían en defensa de su territorio. Pero, en aquel momento, el rey que ocupaba el trono de Eoferwic era mi yerno, mi hija era la

reina, los paganos de Northumbria eran amigos y podía cabalgar desde la marca fronteriza con Mercia hasta las murallas de Bebbanburg sin que nadie me molestase. Durante cosa de un mes, había sacado partido de aquella recién estrenada libertad, haciendo incursiones en los pastos de mi primo, asolando sus caseríos, acabando con aquéllos que le habían prestado juramento de fidelidad, robándole el ganado y pavoneándome al pie de sus murallas. En lugar de ponerse al frente de los suyos y dar la cara, mi primo había preferido mantenerse a salvo tras los muros de la fortaleza. Aun así, a la vista de cómo se habían puesto las cosas, estaba claro que había procurado traer refuerzos. Para defender mejor Bebbanburg, debía de haber apalabrado la presencia de aquellos hombres que acababan de depositar los escudos y armas que portaban en la playa. Había oído rumores de que estaba dispuesto a pagarles en oro; por eso habíamos estado pendientes de su llegada. Y allí estaban, por fin.

–Los superamos en número –aseveró mi hijo. Casi doscientos de mis hombres permanecían acampados en las colinas del oeste; así que sí, llegado el momento de plantarles cara, estaba claro que éramos más que los recién llegados, pero no si a ellos se les unían las tropas de la guarnición de mi primo. En aquel momento, pues, mi primo contaba con cuatrocientas lanzas bajo sus órdenes y, en efecto, eso venía a complicar, y mucho, las cosas.

–Vamos a presentarnos –propuse.

–¿Estáis diciendo que vayamos a verlos? –se sorprendió Berg. Éramos sólo sesenta aquel día, menos que la mitad de los enemigos que acababan de desembarcar.

–Sería bueno saber quiénes son antes de acabars con ellos –se me ocurrió decir–. ¡Cuestión de pura cortesía!

–Y señalé un árbol doblegado por el viento–. ¡Rorik! –le dije al mozo–, haceos con una rama de ese carpe y enarboladla como si fuera un estandarte. –Alcé la voz para que todos mis hombres me oyeran–: ¡Escudos boca abajo!

Aguardé a que Rorik blandiese una de aquellas astrosas ramas en señal de paz y a que, de mala gana, mis hombres volvieran los escudos del revés, de forma que la divisa de la cabeza de lobo quedase mirando al suelo. Sólo entonces comencé a descender la pendiente a lomos de Tintreg, mi corcel negro. Y no a paso ligero. Quería que los recién llegados se dieran cuenta de que íbamos en son de paz.

Y, en efecto, los recién llegados nos salieron al encuentro. Una docena de hombres, seguidos por una veintena de jinetes de mi primo, avanzaban despacio por el sendero de aquel pastizal donde las cabras de los lugareños triscaban entre los cardos. Al frente de los jinetes de mi primo, Waldhere, el hombre que estaba al mando de la guarnición de Bebbanburg y a quien había tenido ocasión de conocer un par de semanas atrás. Con un puñado de soldados y una rama de árbol en señal de paz, se había presentado en el lugar donde acampábamos en las colinas del oeste con una impertinente embajada: que abandonáramos las tierras de mi primo antes de que acabasen con nosotros. Oferta que, como es natural, había desdeñado, humillando de paso a Waldhere, aun a sabiendas de que era un guerrero curtido y de armas tomar, que más de una vez se había dejado la piel en sangrientos enfrentamientos con saqueadores escoceses. Como yo, llevaba una capa de piel de oso, así como un espadón ceñido a la altura del costado izquierdo. Cara de torta, que acababa de redondear un yelmo de hierro que remataba con

una garra de águila a modo de cimera, barba gris recortada, ojos grises de mirada torva y una boca que más parecía un buen tajo y daba la sensación de no haber esbozado una sonrisa en su vida. La divisa de su escudo era la misma que yo lucía en el mío: la cabeza de un lobo gris. El emblema de Bebbanburg, al que nunca había renunciado. Waldhere alzó una mano enguantada, los hombres que iban con él hicieron un alto y espoleó su caballo hasta detenerse a unos pocos pasos de donde yo estaba.

—¿Habéis venido hasta aquí con intención de depone-
ner las armas? —me preguntó.

—Y también a mandaros a tomar viento —repuse.

—Hasta hoy pensaba que los hombres cagaban sólo por el culo —replicó—, pero observo que sabéis cómo vomitar mierda también por la boca.

—Vuestra madre sí que hubo de pariros por el culo —contesté—, porque todavía apestaís a su mierda.

Los insultos formaban parte del ritual. Uno no puede enfrentarse a su adversario si no va con la idea de injurarlo. Antes que nada, nos insultábamos; luego, nos peleábamos, aunque no creía que fuéramos a desenvainar las espadas aquel día. En cualquier caso, había que dar a entender que íbamos dispuestos a todo.

—Tenéis dos minutos —amenazó Waldhere—; luego iremos a por vosotros.

—Pero si vengo en son de paz... —respondí, al tiempo que señalaba la rama de árbol.

—Contaré hasta doscientos —volvió a la carga Waldhere.

—¿Con diez dedos tan sólo? —apuntó mi hijo, lo que bastó para que los míos se echasen a reír a carcajadas.

—Hasta doscientos, he dicho —bramó Waldhere—, antes de que os meta esa rama de árbol por el culo.